

Alfredo Berbegal Vázquez

**1. Three years on: research developments** (relevant subsequent research by you or others – what does it add to or alter in the understanding of your project's topic?)

Hacer justicia al desarrollo de mi proyecto de investigación en los últimos tres años no es una cuestión baladí.

Su inicio representó mi “bautismo” como investigador.

Su final ha desembocado en una inmersión profesional en la Academia.

Y dar cuentas ahora de su continuación me exige analizar su lugar en un escenario institucional de producción científica e intelectual.

Sin embargo, no me limitaré a escribir una crónica de tiempos, hechos y circunstancias. O sí lo haré, pero cuidando mucho que tras la *historia de vida* de este proyecto sea comprensible el movimiento que mi cosmovisión científico-social ha podido experimentar. Prisionero de unas condiciones de gestación y del modo de conducirlo dentro de mi proyecto personal y académico-profesional, su historia de vida está condenada a convivir con la mía propia.

Partiré de una convicción en mi análisis: no sólo importan las cartas, sino lo bien que uno las juega.

Mi construcción de la historia de vida de este proyecto no se limitará a esbozar una sociología del conocimiento en defensa de un constructivismo social que puede ser estirado hasta el relativismo absoluto. La propuesta sería demasiado simplista. Es obvio que la investigación se desarrolla en unas condiciones de producción, pero no parece tan evidente que de estas condiciones podamos extraer una *validéz igual* del conocimiento. En este sentido, me parece más interesante profundizar en esas condiciones desde la *reflexividad* del autor. Así, esta modalidad autobiográfica pretende hacer evidente que las estériles oposiciones en las Ciencias Sociales (explicación/comprensión, objetividad/subjetividad, holismo/individualismo, realismo/idealismo, etc.) sólo se resuelven en la práctica. La “mirada” y la “escucha” científico-social no se reducirán a alternativas técnicas o metodológicas. Más bien son el “medium” que permite esta superación.

Por tanto, analizaré mi proyecto desde un “estar-con” lo social, un *acompañamiento* de lo social que puede encarnar, reencarnar, a veces desencarnar, una producción conflictiva e inestable de conocimiento. Desde esta perspectiva, la justificación del desarrollo del proyecto será liberada de un fetichismo de mercancía simbólica que lo reduce al objeto, la línea o el tópico de investigación. Evitaré el riesgo de oscilar entre un fetichismo de los conceptos vacíos y de las tipologías puramente formales y un fetichismo empírico y metodológico.

La historia de vida de este proyecto me interrogará sobre los tradicionales desafíos que han de hacer frente las Ciencias Sociales, reflejando las alteraciones y variaciones sufridas por este proyecto respecto al punto de partida. En fondo y forma, intentaré modestamente peregrinarlas.

Avancemos dos respuestas concisas a la cuestión planteada:

1. La investigación no presenta continuidad si por ello entendemos el desarrollo estricto del objeto de estudio: la intervención socio-educativa en el ámbito de menores en conflicto social. Como veremos, una serie de circunstancias dificultarán el desarrollo estricto del tópico de investigación.

2. La investigación presenta continuidad si por ello entendemos el desarrollo de la problemática de estudio subyacente: el pensamiento del educador. Enriquecer la inteligibilidad de esta problemática se me presentará como una exigencia ética de primer orden.

Sorteando reiteraciones innecesarias, permítanme que me remonte brevemente a los orígenes del proyecto.

Reconozco que dio comienzo desde una profunda *implicación* con la Academia (aquí) y no con la situación investigada (allí). Como cuasi-ejercicio etnográfico, etnometodológico para más detalles, me sumergí en un mundo totalmente desconocido para intentar comprenderlo. Mi relación natural con el mundo a investigar no me situaba como “participante observador”, sino como “observador participante”. Y por si la cosa no era ya demasiado complicada, opté por una aproximación “entrista” al trabajo de campo que mantuvo siempre en secreto mis intenciones investigadoras.

Progresivamente, sufrí un proceso de “conversión”. Asumí la condición de “miembro” dentro del contexto de intervención profesional estudiado y, contradictorio y dinámico, este desplazamiento de “estar-con” lo social se reveló como mi principal fuente de conocimiento. Una postura apasionante en su complejidad y en sus perspectivas únicas de comprensión de la situación. La producción de conocimiento se entretejió en el corazón de un ser múltiple y no-contradictorio: trabajador de la institución (vivido como miembro, como profesional en la práctica), investigador (vivido desde fuera de la situación investigada) y analista interno (vivido como traidor respecto al contexto investigado).

Esta actitud ante el trabajo de campo podría hoy tildarse, por qué no, de postal turística. El “estar aquí”, en la Academia, como universitario entre universitarios, fue lo que impulsó la aventura, lo que condicionó el modo de terminarla y lo que me condujo, entre otras cosas, a publicar el trabajo al que este texto hace referencia. Dentro de esta perspectiva existencial múltiple, el investigador se llevó finalmente la mejor parte.

El vacío posterior puede imaginárselo el lector.

Mi actitud durante el trabajo de campo arrastraba importantes obstáculos para una continuación fluida. La distancia entre ambos mundos, la Academia y la situación investigada, se hizo más y más grande. Los posibles resortes, dispositivos y vasos comunicantes entre los dos mundos no habían sido construidos en el transcurso de la investigación.

Además, pese a empezar y terminar todo en la Academia, la investigación presentó serias dificultades para adaptarse luego a ella.

Su propósito no atendía a una demanda explícita y externa de una comunidad científica, de un grupo de investigación o de un sector de la sociedad que, desde una estructura o un proyecto mayor de financiación, requiriera producir conocimiento a su servicio.

Tampoco se inspiró en ningún estudio prospectivo que estimara el valor social del conocimiento, garantizándole una larga calidad de vida de desarrollo, impacto y difusión. En modo alguno el trabajo se localizaba en la actualidad de la investigación educativa, en sus “zonas calientes”.

Mi proyecto se resistía a integrarse con facilidad en las líneas de investigación de mis directores de tesis. Y bien conocido es dentro de la Academia que muchas veces no es tan importante la

calidad de tu trabajo de tesis como quién te la dirige y en el seno de qué estructura científica la realizas.

De inspiración microsociológica, con cierta tendencia etnometodológica, minoritaria, poco ortodoxa, bajo sospecha en trifulcas académicas todavía anquilosadas entre positivistas y no positivistas, tildada de anti-sociológica, de incómodo estatus disciplinar, el posible interés y profundidad de mi investigación presentaba problemas de *accountability* – valor de científicidad – y de comprensión *indexical* – conceptos y constructos no muy ampliamente compartidos.

Todos estos condicionantes no facilitaron una integración fluida en los modelos de gestión y organización del conocimiento al uso. No sin cierta ironía, una investigación sobre la *deviance* socio-educativa se vio abocada a una *deviance* académica.

Terminada la investigación, el “estar aquí”, en la Academia, se intensificó.

### ***Mi nuevo contexto profesional***

Una compleja andadura se avecinaba. El desarrollo de mi proyecto había de encontrar la forma de autodeterminarse en un difícil equilibrio intra e inter-sistémico.

En el año 2009, ante un vacío postdoctoral, también laboral, colaboré como becario en un proyecto a cargo del grupo de investigación EtnoEdu, gracias a las recomendaciones de mi director de tesis, el profesor Fernando Sabirón, y de la profesora Ana Arraiz.

En paralelo a mi situación inestable de becario, con una duración de seis meses, me decidí a escribir la continuación de mi proyecto de investigación, traducido al inglés y al francés, para enviarlo de una forma un tanto heterodoxa a una veintena de investigadores y poder optar a una estancia post-doctoral. El proyecto era una clara continuación de mi investigación: “*De-Venir-Entre*” desde el Interior de la Relación de Acompañamiento: Derivas del “Estar-Con” en las Ciencias Socio-Antropo-Técnicas. Aunque no tuve finalmente éxito, las respuestas fueron gratificantes, amables y motivadoras.

Recuerdo esta iniciativa personal con una sonrisa en los labios.

A finales de este año, cuando se publicó mi investigación en el proyecto de la profesora Lyn Richards, comencé a trabajar para la Universidad de Zaragoza como profesor ayudante, primero en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de Teruel y luego en la Facultad de Educación de Zaragoza. Un Análisis Institucional de mi nuevo contexto profesional se puso en marcha.

En mi nuevo rol como profesor universitario me vi obligado a comprender mi nueva institución de pertenencia en un punto de inflexión como la convergencia al Espacio Europeo de Educación Superior. Empecé a asomarme a una nueva cultura profesional, docente e investigadora y, desprendiéndome de la ingenuidad (también de la libertad) que disfruté a lo largo de mi tesis doctoral, me adentré progresivamente en un “campo” donde el conocimiento se veía sujeto a una particular gestión y a una sibilina planificación narcisista y economicista.

Durante este tiempo, mi proyecto permaneció en *stand by*.

En paralelo, se me presentó la oportunidad de afrontar un trabajo que me ayudaría a explorar el terreno que pisaba. Junto con mi buen amigo David Doncel, compañero durante el año 2005 en el Centro de Documentación e Investigación Educativa del Ministerio de Educación y Ciencia de España y actual profesor de Sociología de la Universidad de Salamanca, abordamos un

análisis de la evaluación actual del profesorado en la universidad española a petición de un grupo de investigadores de algunas universidades brasileñas. El proyecto contaba también con la participación de otros investigadores de América Latina y Europa.

Este trabajo me permitió profundizar en un análisis natural de mi actual institución y de los modelos de evaluación del profesorado.

Iba observando a mi alrededor que, por efecto de una socialización en una cultura de la calidad, se estaban originando realidades académicas colaterales. Las prácticas docentes e investigadoras parecían estar cambiando. Desde el interés superior de ser reconocidas por una determinada evaluación (si es que querían existir), se estaba transformando lo que venía siendo la *excelencia académica*. Una transformación que provocaba un desasosiego general en cierto sector del profesorado, no tanto por una resistencia natural al cambio o a ser evaluados, sino por las implicaciones asociadas a un determinado cambio y a una determinada evaluación. Durante este tiempo, observé que el profesorado (quizás hoy con más presión todavía) se veía obligado a multiplicar los esfuerzos para revalorizar su trabajo dentro de la moneda de cambio de la calidad y que, cada vez más, estaba expuesto a dilemas ético- profesionales al tener que tomar partido entre el “hacer” y el “mostrar”. Superar estos dilemas comenzaban a eclipsar sus tiempos y espacios profesionales por procesos de evaluación y aseguramiento si deseaba salvaguardar la presentación y la supervivencia de su “yo” académico. En parte empezaba a ser testigo del modo en el que la cultura de la calidad no sólo estaba facilitando de manera deliberada una transformación del modelo docente e investigador, sino también de la cultura profesional.

Al ocupar uno de los niveles más vulnerables de profesor universitario, me vi obligado a plantearme cómo sobrevivir en este juego.

Esta lógica institucional, que puede transferirse a otros sistemas profesionales o instituciones sociales, adquiriría un sentido complejo y contradictorio en la institución universitaria. En términos similares a la función de la iglesia que gestiona la fe de sus fieles, la universidad tiene la empresa de organizar y gestionar una abstracción idealizada, el conocimiento. En este sentido, el paradigma *homo economicus* o una racionalidad instrumental como principal rectora de la Universidad suscitaba sospechas comprensibles, asociadas a la dimensión ontológica y política del conocimiento y a la formación de la “mirada” de las futuras generaciones. La trifulca estaba servida: o una Universidad obsoleta (abstraída de las nuevas necesidades sociales, corporativista y endogámica, encerrada en sí misma, que necesita de una regeneración), o una Universidad descompuesta (que reduce todo valor epistemológico a su utilidad social, a sus efectos socio-económicos y de ordenación social, cuestionando la posibilidad de que la crítica y el nuevo pensamiento salga de las casposas puertas de los despachos universitarios).

Ante esta coyuntura, intuía que adoptar una cosmovisión diferente arrastraba una paradoja cuasi-existencial que, pese a su complejidad, podía someterse a un reduccionismo salvaje: o eres incoherente al querer jugar a un juego cuyas reglas no aceptas de entrada, o eres irresponsable respecto a tus deberes y obligaciones como miembro de la institución.

Asumir mi responsabilidad en la producción de conocimiento de una forma coherente se convirtió para mí en un reto prioritario. En otras palabras, dar continuidad y visibilidad a mi investigación e integrar mi proyecto académico-profesional “aquí”, manteniendo mi cosmovisión educativa, me pronosticaba un trabajo hercúleo.

Fue en este momento cuando muchos de mis presupuestos sobre la realidad social y su funcionamiento entraron en crisis.

### *Vehicular mi proyecto en la estructura universitaria*

Mi concepción constructivista de la realidad social, comprometida con adoptar como punto de partida las interacciones entre los actores sociales, individuales y colectivos, para comprender posteriormente su naturaleza estructural, me exigía una revisión. Era consciente de la fuerza de una entidad transindividual como nunca antes lo había sido. En retrospectiva, yo mismo, mi formación, mi tesis, podían concebirse como producto de esa entidad. Este sentimiento me recordaba que ese determinismo supraestructural que tanto se cuestionaba desde mi cosmovisión en formación no era tan descabellado. La situación vivida me interrogaba de nuevo sobre la dimensión simbólica del orden social, adentrándome en un dilema clásico de las Ciencias Sociales que presumía haber superado con cierta autosatisfacción en mi tesis doctoral. La conciencia del actor social y su capacidad para producir lo social se veían amenazados por el efecto de la ilusión biográfica y por un enfoque intelectualista que podía reducir la teoría de la acción al punto de vista del observador. Me bloqueaba una vez más en la dialéctica objetivo-subjetivo.

Sin embargo, también observaba que las constricciones de la estructura eran recreadas y transformadas por los profesores titulares y catedráticos, los evaluadores de la calidad y la excelencia, los agentes responsables de la gestión y el gobierno de la academia y los paneles políticos de financiación de la investigación. Actores que, por supuesto, habían ido conquistando sus propios márgenes de maniobra a lo largo de su carrera profesional y que, desde una consolidación de su poder en la estructura, moldeaban la estructura hacia sus intereses y cuidaban que lo nuevo se integrase dentro de sus ya edificadas territorialidades. Así, observé que se establecían formas de interdependencia muy particulares, configuraciones que ligaban unos actores con otros y que no parecían reducirse a las que yo podía experimentar directamente o percibir conscientemente. En el contexto universitario, jerarquizado y conservador, mi conciencia de actor estaba en ocasiones velada por relaciones de desigualdad, dominación y poder. Mi condición como profesor ayudante me pautaba una dependencia de otros que no dependían de mí. Era testigo de una lucha y distribución de poder en el que se entrecruzaban las carreras personales y académico-profesionales de sus miembros. Se me revelaba un *kula* académico donde reputación, prestigio, reconocimiento, capacidad de maniobra, etc. adquirirían un valor sometido a circulación, a un intercambio que se materializaba en alianzas y compromisos mutuos, muy a menudo inspirados en el “dilema del prisionero”.

En este contexto, me resultó francamente difícil conducir el desarrollo de mi proyecto dentro del circuito. Y no tanto por la presencia de obstáculos concretos, explícitos o malintencionados, sino por una incapacidad por mi parte de saber jugar las cartas, de encontrar el modo de hacerlo. La supervivencia de mi proyecto estaba condenado a buscar perspicaces estrategias para adecuarse a los modelos de gestión y evaluación, de modo que pudiera demostrar “hazañas” académicas que tuvieran valor dentro del circuito y una ponderación reconocida que incrementara mis posibilidades de medrar en el juego o, al menos, de no ser eliminado de él. Me veía en cierto modo esclavo no ya de un necesario y constructivo *accountability* permanente, sino de uno en particular. Tenía que producir, publicar, participar en proyectos, ir a conferencias y congresos... Y, en el mejor de los casos, empezar a crear mi propio cado o chiringuito donde poder sacar alguna que otra cosecha propia. Al mismo tiempo, debía asumir las nuevas responsabilidades de mi trabajo como Profesor Ayudante, algunas claramente *propias* y otras inevitablemente *apropiadas* dentro de ese *kula* académico.

La estructura me marcaba sus tiempos. Los “galones” me imponían su ritmo. Y constantes bombardeos hacían a veces tambalear mi relación “libidinal” con el conocimiento para continuar mi proyecto y sobrellevar mi responsabilidad como investigador y como formador de educadores, maestros e investigadores.

Todavía hoy me cuesta mantener el norte.

### ***Vehicular mi proyecto en la estructura investigadora***

Mi investigación se desarrolló con el apoyo económico de una beca de Formación Personal Investigador por el Gobierno de Aragón, lo que me hará recapacitar posteriormente si mi concepción de la investigación había estado hasta ahora algo distorsionada. El lujo del que había disfrutado como estudiante pre-doctoral no podía seguir manteniéndose como investigador y profesor universitario. En mi nueva condición, mantener o integrar el desarrollo de mi investigación parecía bastante complicado. Esto me hizo recapacitar sobre mis nuevas responsabilidades respecto a la investigación, poniéndose encima de la mesa una cuestión extremadamente insidiosa: ¿Para qué sirve la investigación? ¿Este servicio puede ser sustancialmente distinto en el ámbito de las Ciencias Sociales y, concretamente, en la investigación educativa?

Ya observé en el 2005, como becario de investigación en el Centro de Investigación y Documentación Educativa, una considerable reducción de la producción científica de la investigación educativa a la investigación evaluativa. Por otro lado, entre el año 2009 y 2013, participé en muy diversos proyectos de investigación, algunos muy ajenos a mis intereses. Esta vivencia me permitió comprender poco a poco mis dificultades para acompasar con coherencia ética el fin y el papel de mis posibles aportaciones a la investigación científico-social y mis estrategias de supervivencia, laborales y meritocráticas. Estaba experimentando la estructura como una potente fuerza constrictiva. Pero también reconocía que era la estructura la que, a su vez, me podía proveer de oportunidades para nuevas acciones.

Ante las dificultades que debía sortear, empecé a comprender que la investigación educativa atravesaba un momento monopolizado por un pensamiento políticamente correcto. La investigación políticamente correcta absorbía la investigación metodológicamente correcta, de modo que el intervencionismo político-económico establecía ciertas lógicas que privilegiaban un pensamiento único en la investigación educativa y, como consecuencia, en las realidades educativas, formales e informales. Si quería tener opciones para investigar, debía adaptarme a esta lógica. Pero si mi cosmovisión partía de que la investigación debía enriquecer la inteligibilidad de nuestro objeto de estudio, generando discursos plurales de una misma realidad social, también plural, facilitando una dialéctica y una crítica entre estos discursos, boicoteando sanamente el pensamiento único... entonces... ante la lógica dominante... ¿jugaba o no jugaba?

Si no jugaba, no investigaba.

Y si jugaba, ¿cómo lo hacía?

Se me abrieron múltiples interrogantes:

Si la investigación científico-social tiene como responsabilidad estar al servicio de los intereses de la sociedad y estos intereses se definen desde una determinada política científica, ¿qué ocurre con la investigación que intenta enriquecer la inteligibilidad de su objeto de estudio desde una posición crítica respecto a estos intereses?

Mantenerse firme en esta otra responsabilidad como investigador, ¿tiene costes para nuestros proyectos académico-profesionales? ¿estos costes alteran finalmente nuestra cosmovisión y la autodeterminación de nuestros proyectos?

Cuestiones más profundas también se hacían notar.

Un interés y una reafirmación por los niveles macro de la investigación científico-social, en beneficio de las estructuras objetivas, ¿es una elección estrictamente teórica sobre la ontología de lo social?

Una desconfianza en la conciencia del actor social y una reafirmación del análisis del experto sobre las dimensiones veladas y ocultas de la realidad social, ¿atiende exclusivamente a un posicionamiento teórico más sólido que pone en evidencia las limitaciones de la conciencia profana en la producción de lo social? ¿Hasta qué punto mi crisis no respondía a mis nuevos intereses como miembro de una reciente comunidad de expertos?

El presupuesto desde el que se define al actor social como identidad unificada, continua, lineal... ¿remite a una “solución” científico-social que se ajusta más a lo que las “cosas son en sí mismas”? ¿o acaso es más cómodo que el actor asuma esta identidad para un ordenamiento y una ingeniería social más eficaz?

Una visión evolucionista de la historicidad del ser humano y de las sociedades, ¿es la mejor y más contrastada de las soluciones? ¿o es la que nos permite estructurar más cómodamente nuestros análisis en calidad de expertos?

Si el papel de las Ciencias Sociales se conduce por una ingeniería social que descubre la “verdad” para caminar hacia lo “mejor”, identificada con una única racionalidad científica, quizás la especie humana que es el científico-social deberá interiorizar estas premisas si quiere ser reconocido como tal y si persigue, por tanto, una valoración social de su producción científica.

Como investigador novel, el vértigo ético me paralizó, limitándome a alimentar la estructura investigadora que me venía dada. Y es en este contexto de sumisión, de falta de coraje, donde empezaron a revelarse algunos analizadores que me permitieron comprender la crisis de mi cosmovisión.

### ***Una moderada reafirmación de mi cosmovisión***

En el año 2010, en el ecuador de mi crisis, cinco acontecimientos me facilitarían algunas revisiones de mi trabajo.

#### *Primer acontecimiento. El individualismo metodológico*

A finales de este año, participé en la coordinación del doble número 7-8 de la Revista Europea de Etnografía de la Educación, un monográfico sobre “Etnografía y Cientificidad”. Una reacción a mi investigación de una comunidad científica fraguó la idea de abordar este proyecto. La naturaleza de esta reacción decía bastante de las posibles aportaciones de mi trabajo. En cierto modo, ponía el dedo en la llaga sobre el valor de cientificidad de los trabajos etnográficos. Mi investigación, su escritura y sus interrogantes, que rozaban a veces la pestilencia teórica y metodológica para reconocer su cientificidad, invitaban a un necesario análisis sobre la dimensión institucional de la investigación cualitativa en general y etnográfica en particular.

En los distintos países donde trabajaban los investigadores que integraban la Sociedad Europea de Etnografía de la Educación, se podía observar una gran dificultad para conseguir el reconocimiento de sus investigaciones cualitativas. Podíamos apreciar que la científicidad de los trabajos etnográficos era a menudo cuestionada, argumentando una carencia de datos, o de determinados datos, que conducía a una gran fragilidad en la generalización de sus resultados. La cuestión era la siguiente: ¿Cómo podemos explicar este vacío entre el plano teórico y el plano institucional? ¿Acaso no existe una racionalidad científica privilegiada? Este doble número no trataba de adentrarse en un puro debate epistemológico, en términos filosóficos (todo el siglo XX ha sido alimentado de estas controversias), sino de ver, a partir de testimonios, descripciones y reflexiones empíricas y/o teóricas, si la etnografía podía reivindicar una parte de científicidad o incluso un modo autónomo de científicidad.

Este proyecto me brindó la posibilidad de valorar otros trabajos y de analizar mi investigación en el interior de esta problemática.

Mi formación se había desarrollado en el seno de una Nueva Sociología de carácter constructivista. Sin embargo, de cara al *accountability* científico que exige un trabajo de tesis doctoral, mi investigación se enfrentó a una gran variedad de escuelas, corrientes y tendencias sociológicas constructivistas que presentaban tantos parecidos como diferencias familiares.

Esta invertebración me llevó a encontrar en la tradición alemana de las Ciencias Comprensivas, en la fenomenología de Husserl, la sociofenomenología de Schütz y en la etnometodología de Garfinkel, un modo de justificar la ya estéril dicotomía para mí entre una ciencia positivista y no positivista. El Interaccionismo Simbólico trabajaba con constructos menos elaborados y persuasivos en términos de justificación y el Análisis Institucional se había convertido en un interesante y atractivo gueto desde finales de los años 80, de costosa reencarnación "*hors les murs*" de la Universidad Paris-8. Convencido de apuntalar la aproximación desde una comprensión de las interacciones hacia las estructuras, y no a la inversa, me desmarqué de otras sociologías constructivistas como la de Pierre Bourdieu, la de Jürgen Habermas, Nibert Elias y Anthony Giddens. Este socioconstructivismo encuadraba las interacciones en un dispositivo constrictivo que terminaba por beneficiar a la estructuras objetivas, chirriando con mi cosmovisión en formación. En el seno de mi crisis, sentir la fuerza de las estructuras me hizo cuestionarme si tal vez debía reconducirme hacia estas aproximaciones.

La exploración de la Complejidad, la Multirreferencialidad y la Transdisciplinariedad se derivó de esta retórica fenomenológica. Sin embargo, eran plataformas metateóricas intuitivas, cuyo poder persuasivo no terminaba de calar más allá del terreno estrictamente filosófico.

La complejidad cambiaba la escucha etnográfica. Me abría la ventana. Pero no me indicaba el modo de mirar a través de ella.

La complejidad me insinuaba otro tipo de racionalidad, una nueva forma de entender la epistemología social, de superar las clásicas dicotomías. Pero no me proveía de un utillaje conceptual operativo desde el que aprehender mi objeto de estudio.

La complejidad abanderaba la transdisciplinariedad. Pero un conocimiento poco profundo de la disciplinariedad y una propuesta eminentemente filosófica dificultaba la defensa científica.

En otras palabras, en el contexto de una tesis doctoral, una aproximación en ciernes no garantizaba la acreditación científica al uso.

Por otro lado, la tradición de trabajos monográficos, *handbooks* e investigaciones cualitativas y etnográficas de carácter internacional podían avalar mi trabajo, pero ninguna me proveía de un



blindaje concreto que me permitiera justificar con cierto rigor científico una teoría general de la acción.

En lugar de valorarse, sin sospechas, la dispersión como efecto natural del intento de comprender una realidad social plural, esta dispersión se vivió como obstáculo.

Todos estos devaneos exculpatorios derivaron en un individualismo metodológico radical. Una consecuencia que alimentó la llegada de mi crisis y que, por tanto, me obligó cuestionar el exceso y la ingenuidad de mi investigación etnográfica.

En mi trabajo, el sentido se elaboró sólo en la medida en que la descripción del Otro conducía a una comprensión de uno mismo, y viceversa. Es decir, el método, orientado con rigor y sistematicidad por la “reducción fenomenológica”, era “reduccionista”. Por ello, la experiencia vivida se vio esclava de una conciencia desproporcionada, la del investigador. Aquello de vital que podía poseer la experiencia se vio mancillado por un excesivo intelectualismo.

Por otro lado, se forzó de manera premeditada una confusión entre el “sociólogo” y el “sujeto social”, entre el “autor” y el “actor”, aboliendo la clásica distinción EMIC-ETIC. Se abrió por tanto el debate sobre si la condición de *miembro* impedía ampliar y cotejar los sentidos y los significados más allá de las propias vivencias.

Todo esto me condenó a un “autismo” epistemológico. Prescindió del resto de los actores sociales y de sus definiciones permanentes de la situación, no viéndolos como coautores del análisis de “nuestra” realidad social. La construcción conflictiva de sus *definiciones de la situación* fue filtrada únicamente por la del etnógrafo. Se obvió la alteridad epistemológica que suponía la devolución del análisis a los protagonistas y, por tanto, la intersubjetividad se vio francamente limitada. El sujeto vivenciante se vio coartado por una razón autosuficiente.

Analizando mi crisis, ahora puedo decir que mi cosmovisión confundió el individualismo metodológico y el ético, el “ser” con el “deber ser”.

La ingenuidad de mi individualismo metodológico no mostraba interés por averiguar qué pasaba con cualquier cosa que sea que ocurre en las entidades supraindividuales, si éstas existen además o a pesar de los individuos. Debía considerar una posición más madura y responsable que reconociera la existencia de estas entidades al mismo tiempo que defendiera y trabajara por la idea de que todo lo que atenta contra el individuo no debería existir: la institucionalización de las relaciones de amor, las diferencias de géneros, clases y roles; la existencia de instituciones, etc.

Observaba que en ciertos sectores de la investigación educativa este ideal se hacía militancia, formulando de otra manera la producción de conocimiento sobre los sistemas e instituciones educativas, formales y no formales, y sobre los procesos educativos de orientación, evaluación, socialización, integración de la personalidad y aculturación.

En general, el trabajo presentaba cierta salud por intentar con seriedad una apertura epistemológica. Sin embargo, la justificación de esta apertura me condujo a trabajar el “estar-con” lo social desde la encerrona.

Por otro lado, caí en el error habitual del joven escritor cuya primera novela es pretenciosa y barroca. Mi primera investigación así lo fue en términos teóricos. Quizás un error que debía cometer irremediablemente.

Como veremos posteriormente, hoy conduciría este trabajo de otro modo para evitar esta ingenuidad que lo hizo enfermar por momentos.

## *Segundo acontecimiento. La persona*

Este acontecimiento fue para mí una experiencia vital fundamental.

No sólo el carácter útil y transdisciplinar de mi trabajo se reveló de forma imprevista y azarosa, sino que la propia revelación y su posterior desarrollo también me harían cuestionarme con mayor profundidad los aspectos ya mencionados.

La fundación Beti Gizartean – Siempre en la sociedad (Vitoria, Álava, España), topó con la publicación online de mi trabajo ubicado en el repositorio de la Universidad de Zaragoza. Atraídos por la comprensión del acompañamiento socioeducativo que en él se planteaba, se pusieron en contacto conmigo y me invitaron a participar como ponente en unos cursos de formación sobre Salud Mental Comunitaria que estaban organizando en colaboración con la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED-Madrid) y el Departamento de Empleo y Asuntos Sociales del Gobierno Vasco. Al parecer, el modo en el que se había analizado el acompañamiento socioeducativo en mi trabajo podía aportar mucho a la formación de los educadores y profesionales que acompañan a personas con problemas de salud mental y en riesgo de exclusión social. El resultado de estos cursos se publicó en formato libro, reflejando mi participación en uno de sus capítulos.

La sensibilidad que mostró esta fundación hacia mi trabajo, compuesta por personas con una opción humanista y una larga experiencia y formación especializada en diversos sectores de la exclusión social, fue para mí un analizador clave. La fundación, que partía de la afirmación del valor singular y único de la persona, sea cual fuere su condición de integridad psíquica, física y social, potenciando al máximo sus posibilidades, me hizo repensar mi individualismo ético y las limitaciones del individualismo metodológico de mi investigación, barroca y un tanto críptica. Me di cuenta que había sido presa de una retórica científicista en mi trabajo, perdiendo de vista la persona o, en términos generales, la vitalidad de mi trabajo de campo. Los había disecado, contraviniendo uno de los principios humanísticos fundamentales que debía alimentar mi “mirada” y mi “escucha” etnográficas: la persona.

La persona.

Caí en la cuenta de las implicaciones para el método y la metodología si partimos de la persona.

La persona es la que hace explotar las fronteras disciplinares, siempre más allá de nuestras redes y estructuras inteligibles de aprehensión científica.

La persona es la que nos obliga, como científicos, a no perder de vista la ética subyacente a toda construcción epistemológica.

La persona nos destruye toda virtuosa y correcta abstracción modélica. Si bien determinadas premisas científico-sociales nos ayudan a caminar hacia una apertura al Otro en la concepción de nuestra investigación, fundamental y aplicada, esta apertura no se resuelve por completo. Estamos condenados a convivir con una producción de conocimiento de un sujeto que se resiste a ser prisionero de su propia construcción epistémica.

La persona nos pone en un brete ante la seguridad y comodidad de una Verdad neutral. Ya no hay formulaciones pre-organizadas que puedan aprehender el discurso sobre la realidad social.

La persona nos exige visitar las implicaciones ontológicas que subyacen a nuestros modelos y programas de intervención, pulimentados, mantenidos y regenerados por la investigación social. El hombre-persona no se reduce, por tanto, a los papeles u oficios de “agente”, “actor”, “sujeto” o “individuo”, habitualmente formulados incluso por las ciencias sociales más críticas y radicales. Desde esta condición, el sujeto se hace autor, el autor es persona y la persona, principio.

Una aproximación científico-social crítica desde la Complejidad y la Transdisciplinariedad presentaba ciertas convergencias con los presupuestos asistenciales e intervencionistas de confesión cristiana de la fundación Beti Guizaratean. El concepto de persona, ambiguo, poliédrico, cada vez más adoptado por las Ciencias Sociales, también es el núcleo teológico del cristianismo. Nuestro compromiso investigador compartía algunos de estos presupuestos éticos. Un compromiso que comprende la historicidad humana y es exigencia para la humanización como acto total y libre no reducible ni con una acción puramente intelectual ni a una militancia desorientada teóricamente. El compromiso con la persona es de una naturaleza transubjetiva.

Esta convergencia me hacía repensar el “*carrefour*” fenomenológico-existencialista que se removía en la base de la Complejidad y la Transdisciplinariedad intuitas que hasta ahora habían sido claves en la elaboración de mi cosmovisión. Me sorprendieron las conexiones entre una formulación puramente antropológica o sociológica, matizada por insistentes “sospechas” hacia toda metafísica (Marx, Nietzsche, Freud), y una formulación teológica. Víctima de un proceso de secularización y formulado de otro modo, las ciencias sociales más críticas parecían querer asumir lo mismo.

Caí en la cuenta de que si las Ciencias Sociales quieren elaborarse desde el presupuesto ontológico de la persona, deben comprender la ontología subyacente a sus comprensiones. En mi caso, mi cosmovisión debía revisar el modo de articular una *epistemología del acontecer*, deshaciéndose de una lógica de la *verificación* y la *comprobación*, puramente científica (explicativa, objetiva, predictiva y efectiva) y asumiendo una relación interactiva y crítica entre la lógica científica y la filosófica (comprensiva, intersubjetiva, proyectiva y descriptiva). De este modo, una *estancia inestable en los modelos de análisis e intervención*, sufrida artificialmente como *paradoja* y *pandemonio*, se transformaba en una *estancia estable en las modelizaciones de análisis e intervención*, vivida naturalmente como *paradigma* y *multirreferencialidad*.

Al contrario que el *modelo*, la *modelización* suponía una relación fenomenológica entre la teoría y la práctica (sociales, educativas), formulándose de otra manera el estatus mismo de la teoría y de la práctica y, por tanto, de la comprensión científica y de la aplicación de sus propuestas. En clave de *modelización*, estaba abocado a un “*venir-entre*” la *teoría* y la *práctica* (*implicación*) y a un “*devenir-entre*” el *Otro* y *Yo* (*compromiso*), en sintonía con una *actitud de “estar con” lo social*. Una postura de vertiginosa reflexividad a la que es difícil ser fiel dentro de las estructuras institucionales e investigadoras ya analizadas. Desde la externalidad del investigador, es francamente complicado mantener este compromiso y no renunciar a una escucha de lo vivido, a una epistemofilia del acontecer.

Ahora puedo afirmar que mi trabajo se rindió en parte a este compromiso.

Mi cosmovisión no terminó siendo lo suficientemente madura como transcender lo banal y focalizarse en lo esencial.

Ahora puedo afirmar que las consecuencias metodológicas, especialmente en la investigación de corte cualitativo, deben estar abiertas a la escucha y la mirada, más allá de la comprobación o el contraste en la práctica de un marco teórico artificial y académicamente escogido. Esta sensibilidad supone una “actitud” que arrastra, en la propia intervención científico-comprensiva sobre la realidad social, un motor ético que permite que las Ciencias Sociales encuentren un compromiso fundamentado respecto a la sociedad que intentan comprender.

### *Tercer acontecimiento. El referente*

La crisis de mi cosmovisión tenía que desenredar una potente polémica de actualidad en los días que vivimos.

En junio de 2011, tuve el honor de plantear a Jacques Ardoino una cuestión que hacía tiempo me preocupaba, en la fila del comedor de la sede de París de la United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (UNESCO). Mi presencia allí se justificaba por el congreso internacional titulado “*La recherche en éducation dans le monde, où en sommes-nous? Thèmes, méthodologies et politiques de recherche*”, organizado por la Association Francophone International de la Recherche Scientifique en Éducation (AFIRSE). A pesar del interés del señor Ardoino por hablar conmigo, las circunstancias no nos permitieron abordar el tema.

La cuestión venía a ser la siguiente:

En una época que reniega de los Grandes Relatos... ¿dónde está el referente?

Si la realidad social es compleja y reconocemos una pluralidad de puntos de vista, el bricolaje de múltiples referencias para intentar comprenderla... ¿acaso no puede conducirnos esta aproximación a un relativismo absoluto? ¿cuál es el precio de esta aproximación para las Ciencias Sociales y para las Ciencias de la Educación? ¿Acaso no podemos defender cualquier referente para formular nuestras propuestas científico-sociales? ¿Por qué referente nos decidimos para investigar sobre lo educativo? ¿Y para educar?

Y, finalmente, si tal referente existiera, ¿acaso no contradeciríamos las bases de una aproximación multirreferencial?

Los investigadores noveles, y no tan noveles, nos sentimos asfixiados por estos interrogantes. Al final, terminamos por escoger plataformas metateóricas (a veces ni eso) y marcos teóricos que inspiren la orientación de nuestros diseños metodológicos y nuestros procesos de interpretación de los resultados. Vemos allí donde queremos mirar y nos aseguramos de que el proceso de investigación persuada sobre el carácter emergente de nuestras unidades y categorías de análisis (caja de Pandora) para reafirmarnos (o complacernos) en los discursos asociados a ellas. En fin, terminamos por despachar el compromiso ético primero con un ejercicio intelectual más o menos pulcro y riguroso que soporte una retórica de nuestros resultados. Y solemos hacerlo habitualmente desde la externalidad (por mucho que presumamos de estar dentro de la situación investigada) y desde una reducción de todo valor epistemológico a la comprobación y contraste de una teoría que nos resulta atractiva por su marginalidad y su potencial crítico, o segura y ganadora por ser mayoritariamente compartida.

Mi aproximación constructivista hacía que esta cuestión me reconcomiera por dentro, no dejándome descansar ni un instante. Si la interpretación científico-social crea realidad social, si reconocemos que no hay una distinción fuerte entre interpretar y transformar, si caminamos hacia un constructivismo social que presume de desvelar una epistemología de la injusticia, una delgada línea nos separa de un relativismo radical. Reconocer una pluralidad de puntos de vista sobre la realidad social, ¿niega toda objetividad de lo social, así como la ciencia desde la que nos proponemos hacer ciencia?

La aproximación sociofenomenológica de mi investigación no me lo puso nada fácil, pues si bien dilucidaba las estructuras antropológicas de la comprensión y el estatuto epistemológico de las ciencias sociales, se veía en cierto modo amenazada por un constructivismo relativista que renunciaba a buscar criterios para contrastar las interpretaciones y evaluar su acercamiento a la

“verdadera” realidad social. Se conformaba en cierto modo con un análisis descriptivo, tipológico del mundo social, sin distinguir adecuadamente la actitud que adoptamos en la vida cotidiana de las estructuras constitutivas del mundo social que no se nos dan en esa vida.

Estaba un tanto atrapado.

Asumir que el mundo social es producto de nuestras representaciones flirteaba con el escepticismo y el nihilismo, incompatibles no sólo con la empresa científica, sino con una “ciencia con consciencia”, con una ciencia ética. Empezaba comprender que esta ciencia ética no sólo debíamos utilizarla como réplica a las cosmovisiones técnicas y positivistas, sino como regulador de una explosión irresponsable que confunde la pluralidad de la inteligibilidad de nuestro objeto de estudio y de sus discursos con una *validez igual* que llega a paralizar toda reconstrucción político-científica.

Durante este tiempo, tuve que lidiar con las sutiles recursividades de la *reflexividad social*, del *efecto teórico* y de la *naturaleza interactiva* de las clases y las clasificaciones que las Ciencias Sociales elaboran. A la par que las reconocía, explorando otro tipo de científicidad, debía corregirme a mí mismo de la capacidad seductora del discurso postmodernista.

Una posición moderada no me pareció finalmente más cobarde, sino más responsable.

La revisión de mi proyecto me permitió descubrir, tras muchos espejismos y fantasmas, que los problemas estrictamente técnicos debían transformarse en problemas políticos. Sin embargo, aunque el constructivismo podía servir como arma contra el conservadurismo social y político, abriendo nuevos ámbitos de posibilidad para la acción humana (especialmente para los más dominados), las construcciones debían ser estudiadas desde unas condiciones materiales de posibilidad que no podían reducirse a la mera representación, sino a la comprensión rigurosa e intersubjetiva desde, en y con lo ya dado (que hay que comprender de forma científica) y hacia, con y para lo nuevo (que debe proponerse de forma científica). Estas formas científicas no necesariamente debían responder a una única racionalidad. No por integrar en ellas las dimensiones ideológicas y axiológicas, estas formas debían dejar de ser científicas.

En otras palabras: que lo técnico abriera un lugar a lo político en la comprensión científica no debía suponer un modo oportunista y progresista, bastante extendido en algunos movimientos post-colonialistas, feministas y multiculturales, de dotar a las culturas oprimidas de herramientas que, amparadas en un relativismo absoluto, les permita, sólo a ellas, defenderse de las tal vez injustificadas representaciones de los dominadores. En contextos de investigación etnográfica, este presupuesto nos conduce a populismos y folclorismos que sacralizan e incluso jerarquizan las culturas populares respecto a las culturas mayoritarias.

El constructivismo que estaba madurando debía garantizar la elaboración de discursos plurales sobre una realidad plural, pero también debía responsabilizarse de abrir un plano de realidad que hiciera viable la crítica. Si a cada uno su verdad, neutralizamos la crítica.

Por otro lado, estos interrogantes me instaban a pensar que la ontología social subyacente a las Ciencias Sociales era un problema político y estético en cuanto afecta a toda posibilidad de transformación y creación. Para las Ciencias de la Educación y la investigación educativa, el cuestionamiento de estas posibilidades de transformación y creación eran de una enorme relevancia. Para el pensamiento del educador, también.

Más próximos a una lectura deleuziana que marxista, en una situación en la que el capitalismo necesita la novedad constantemente, a pesar de generar siempre lo idéntico, ello me llevaba a formular interrogantes como los siguientes: ¿cómo puede surgir lo nuevo? ¿Cómo puede acontecer lo nuevo entre dos hostilidades que lo impiden? ¿Cómo es posible generar lo nuevo que socave la repetición idéntica de la “novedad” pautada por el capital? ¿Cómo es posible plantear estrategias políticas que no sean la repetición idéntica de la estructura política hegemónica? ¿Cómo dar lugar a unas artes y unas ciencias que no sean subordinaciones ni del mercado ni de las ideas dominantes?

Es aquí donde regresé al sentido de la etnografía como movimiento que nos conduce del modo político y estético en el análisis de las interacciones y las estructuras a la estética o la creación de otras estructuras perceptivas y políticas desde la intervención.

Mi investigación, hasta ahora edificada desde un individualismo metodológico, no había clarificado estas cuestiones.

Sin embargo, es en este momento cuando considero la crisis de mi cosmovisión transitoriamente superada desde una posición constructivista moderada como nueva forma de realismo que, permitiendo cuestionar lo dado, deja margen a una diversidad de realidades personales y sociales cuyas relaciones deben ser objeto de reflexión.

#### *Cuarto acontecimiento. La transdisciplinariedad*

Gracias a la iniciativa de mi amigo de la infancia Rubén Blasco, ingeniero industrial e investigador, comencé a colaborar con su grupo de investigación HowLab a partir del año 2010. Este grupo de la Universidad de Zaragoza pertenece al área de ingeniería electrónica y de diseño y fabricación y se centra en la investigación y el desarrollo de tecnologías centradas en las personas y sus entornos.

Consideramos que podía aportar algo en lo relativo a la evaluación de los procesos de diseño, desarrollo e implementación de la asistencia tecnológica para la mejora de la calidad de vida de las personas enfermas o con discapacidad.

La inmersión en otro área de conocimiento y en una cosmovisión absolutamente diferente de la investigación supuso para mí un aprendizaje interdisciplinar de primer orden que, a su vez, me permitió profundizar en una aproximación transdisciplinar a la investigación.

Ahora observo que una de mis principales aportaciones fue abrir la puerta a la investigación evaluativa de corte cualitativo en un área científica que desconocía absolutamente sus posibilidades. Desde una concepción muy próxima a la investigación-acción, intentamos fundamentar y desarrollar una metodología de trabajo que vertebrara todas las fases de diseño, desarrollo e implementación de la asistencia tecnológica, integrando a los participantes en el co-diseño y co-desarrollo de las soluciones tecnológicas y, por tanto, asegurándonos de que comprendíamos las culturas de enfermedad y discapacidad de las personas, sus entornos familiares y de cuidado, sus rutinas y vidas cotidianas, y las culturas profesionales e institucionales de asistencia. La articulación de todo el proceso de investigación y desarrollo a modo de investigación-acción y la comprensión de las culturas en las que debía adaptarse la lógica tecnológica de lo diseñado requerían una aproximación cualitativa. Debíamos aprehender los sentidos y significados de los diferentes protagonistas para asegurarnos de que la tecnología estaba a su servicio, de que ésta no sólo funcionaba, sino que contribuía sustancialmente a la

mejora de la calidad de vida desde una comprensión singular y no estandarizada de las situaciones de asistencia. Por otro lado, esta nueva concepción de la investigación alteraba todos los procesos por cuestiones de fondo sumamente ambiguas como eran las nociones de calidad de vida y progreso, en ocasiones presupuestas desde una perspectiva estrictamente técnica y tecnológica.

La innovación como cambio, mejora, optimización o alternativa no suponía, de forma inmediata, virtud y progreso. La innovación por la innovación a veces se reduce a una valorización abusiva de la *diferencia*, donde el sujeto como autor se ahoga en la oposición estéril entre uno mismo y el Otro. Desde la comprensión interactiva con las innovaciones, intentaba salir de esta dicotomía, formulándola desde un presupuesto responsable y comprometido de *normalización*. Frente a la diferencia, ponía énfasis en la *diversidad*. El sujeto dejaba de ser usuario para convertirse en una persona que traía la innovación a su mundo, que la integraba como forma de vida.

Mi aportación intentó ser sensible a la idea de que las innovaciones no pueden reducirse a la pura técnica. Más allá de descargarnos de responsabilidad, se sostienen por una reflexión que incluye la posición o la perspectiva de las personas. La descripción de las interacciones con la innovación promueve que los simples actores sociales o usuarios de la tecnología pasen a ser verdaderos autores de sus vidas, personas. Así, para salir del dilema del triunfalismo o la resignación de las innovaciones, la reflexión científico-social debía detenerse en la articulación de las innovaciones y de las interacciones en la construcción cotidiana, local y singular, de las situaciones escolares, terapéuticas, sanitarias, asistenciales, residenciales y domiciliarias. De ahí la importancia de analizar cómo se fabricaba la toma de decisión, cómo se describía la situación por los propios implicados, desde dentro, desde lo local, desde la situación, configurándose con y a través de la innovación. Las prácticas innovadoras entendidas desde la desorganización de lo cotidiano podían así ser consideradas como los elementos principales de una descripción micro-social.

Esta producción de conocimiento parecía de gran relevancia en los criterios, objetivos y especificaciones a contemplar por el grupo de investigación para invertir su buen hacer y su esfuerzo en una asistencia tecnológica al servicio de la calidad de vida de las personas.

Los “teléfonos rotos” y las dificultades para ir integrando esta nueva aproximación fueron importantes. Dificultades que iban desde la comprensión mutua entre muy diversas maneras de concebir la investigación hasta el modo de integrar la producción de conocimiento cualitativo en la toma de decisiones de diseño y desarrollo de los proyectos.

Observe el lector que muchas de mis maduraciones anteriores, todas ellas derivadas de mi investigación primera, ya se estaban poniendo en marcha en esta colaboración.

#### *Quinto acontecimiento. Complejidad y formación*

Hasta el 2012 mantuve mi condición de Profesor Ayudante. Es en el 2013 cuando mi plaza, salvando las exigencias de las evaluaciones y las acreditaciones, se transforma a la de Profesor Ayudante Doctor.

Comienzo a reconducir con prudencia y responsabilidad mis funciones docentes en la formación de los grados de maestros de primaria e infantil y del máster de investigación en educación.

En este sentido, la crisis de mi cosmovisión y su paulatina maduración tuvo que ponerse al servicio de una idea clave: ¿cómo concibo la formación de los profesionales de la educación y de los futuros investigadores en este ámbito? Aunque responderme a esta pregunta es un camino

que todavía está por recorrer, la docencia me demandó acelerar el paso para articular coherentemente la formación de las personas que llevaba a mi cargo.

En el campo de la educación, y siguiendo la línea de mi área de conocimiento, parto del presupuesto de que es necesario un progresivo acercamiento a las “competencias complejas”. Los contextos y situaciones en los que las competencias de los profesionales de la educación adquieren valor y sentido vienen mediatizadas y co-construidas tanto por las políticas sociales y educativas como por singulares sustratos culturales que confieren un sentido dinámico y situacional a las competencias. En este sentido, la cuestión “¿hacia qué tipo de profesional de la educación debemos dirigirnos y, por tanto, de qué modo debemos pensar su formación?” es tan densa y difícil como ineludible.

Tras los contenidos más o menos decantados a lo largo de la historia de las Ciencias de la Educación y de la formación de maestros, intento que mi docencia se vertebre desde una cosmovisión coherente que nutra la gran línea que se desprende de mi investigación: el pensamiento del educador. La complejidad, la construcción intersubjetiva y multirreferencial de la realidad educativa, el referente primero, pero ambiguo, de nuestra intervención profesional, deben estar presentes los procesos de formación, generando actitudes fundamentadas en mis estudiantes hacia la persona y la sociedad.

Siguiendo la línea abierta por los profesores Sabirón y Arraiz, el área de Métodos de Investigación y Diagnóstico en Educación de la Universidad de Zaragoza, en la que actualmente participo, intenta articular un portafolio etnográfico de evaluación de los estudiantes con el objetivo de tirar y estirar una formación socioconstructivista y compleja del profesional de la educación. Como docente universitario, me enfrento al gran reto de delimitar la naturaleza de las competencias requeridas y de provocar que sean desarrolladas por mis estudiantes. Me cuestiono cómo promover procesos complejos y superiores de pensamiento que les permitan analizar, evaluar y crear respuestas ajustadas a situaciones auténticas de aprendizaje, dilemáticas y paradójicas por definición. Actualmente, me encuentro desarrollando esta línea que guarda estrechos vasos comunicantes con mi revisión de la cosmovisión profesional, docente e investigadora, sobre el fenómeno educativo.

En el máster de investigación, las exigencias institucionales me invitaron a asumir la formación de investigadores en metodologías cuantitativas, concretamente, en diseños de investigación ex post facto y de encuestación. Una situación irónica que me permitirá conocer más en profundidad mi lenguaje natural en las Ciencias Sociales desde otros lenguajes epistemológicos de la investigación social. No obstante, también he participado últimamente actualmente en los seminarios de redacción de informes de investigaciones cualitativas de mis estudiantes. El libro de Lyn Richards y la publicación anterior de mi trabajo han sido referencias fundamentales para su vertebración.

En contacto con mis estudiantes, en el día a día, afrontando los retos de cada clase, los interrogantes que me abrió mi trabajo y su concepción de la investigación social siguen alimentando el desarrollo de un profesional reflexivo de la educación.



### *En la actualidad*

Mi investigación supuso profundizar en una aproximación a la investigación social y en el pensamiento del educador a través de la acción de acompañamiento. A estas alturas, se percibirá la continuidad de mi proyecto en términos de problemática de investigación. El pensamiento del educador se me revela como la bisagra que permite retroalimentar formación e investigación.

Vista su evolución a lo largo de mi proyecto académico-profesional, las líneas o ámbitos de trabajo que finalmente parecen destilarse de esta problemática son los siguientes:

- La reactualización de una tradición crítica, desde la renovadora, pasando por la antiautoritaria hasta la sociopolítica, del pensamiento pedagógico en nuestras sociedades actuales, de modo que podamos reencarnar la inteligibilidad de nuestro objeto de estudio en los contextos singulares que vivimos y enriquecer la reflexión sobre el fenómeno educativo y el pensamiento del educador. Esta línea se centra de lleno en mi labor docente, comprometida con la formación de profesionales reflexivos que no den por hecho entidades interactivas y construidas como la escuela, el instituto o la universidad u otros espacios de educación no formales, que reconsideren las políticas educativas y su futura función en la sociedad desde discursos fundamentados, así como una unívoca identidad de la persona y de su “domesticación”, extensible al uso reflexivo de recursos, técnicas, instrumentos y estrategias profesionales al servicio de procesos de evaluación, orientación y transmisión de saberes.
  
- La profundización en los procesos de formación y evaluación de los futuros profesionales e investigadores de la educación en el contexto universitario. Mi cosmovisión problematizada intentará comprender lo dado, cuestionarlo y, sólo desde ahí, decidir si mantenerlo, crear lo nuevo o ambas cosas a la vez. Esta línea se fusiona con la anterior, pero se focaliza en una comprensión de la labor docente, evaluativa y orientadora en la Educación Superior, ahora mi contexto natural.
  
- La creación, desarrollo y consolidación de una estructura institucional e investigadora menos conservadora que dé cabida y que facilite la articulación y la visibilidad de aproximaciones constructivistas y cualitativas, comprensivas, vitales y comprometidas, de estudiantes, investigadores y profesionales de la educación. Esta línea se abre a muy largo plazo e intuyo que puede ser una responsabilidad a asumir. Si queremos superar un pensamiento único en las Ciencias Sociales, que tiene un efecto teórico ineludible en las realidades sociales estudiadas, debemos crear infraestructuras epistemológicas que permitan una elaboración plural de discursos que no sólo promuevan la comunicación y la crítica mutua, sino que enriquezcan la inteligibilidad del fenómeno educativo y la comprensión, inestable y contradictoria por definición, de la persona y de nuestras sociedades.

Tras muchos vericuetos, parece que me reencuentro con mi cosmovisión inicial. Aunque en parte la mantengo, he debido reconducirla.

Sobre las matizaciones anteriores, a continuación le presento al lector cómo abordaría mi investigación primera si tuviera que llevarla a cabo actualmente.

**In hindsight:** if you were to design and conduct that project now, what would you do differently? Why?

Para facilitar la lectura al lector, seguiré los apartados de la publicación anterior.

### ***Setting up the research***

Las modificaciones sustanciales se justificarán desde los aspectos clave analizados anteriormente.

#### *What epistemological choices?*

En general, se mantienen. No obstante, algunas se intensificarán y otras se matizarán del siguiente modo:

- / Cuestionamiento de mi individualismo metodológico primero para centrar la investigación en el tratamiento de la intersubjetividad.
- / Mantenimiento de un individualismo ético que toma a la persona como referente superior de la investigación científico-social, con una identidad más allá de las nociones de “sujeto”, “actor” o “individuo”, existencialmente plural, ambigua, no lineal, fragmentada y no contradictoria, y desde la cual se nutrirá una actitud vital para la comprensión y la posible transformación de las realidades sociales y educativas investigadas.
- / Responsabilidad de clarificar la ambigüedad del referente, entre aquél que marca la *dirección* (referente metateórico y ético de la investigación) y aquéllos que marcan los *sentidos* (multirreferencialidad teórica y práctica en la elaboración de lo social por sus protagonistas). Esta clarificación afectará tanto al modo de conducir los procesos de análisis como al modo de proponer nuevas creaciones y propuestas para el mantenimiento y/o la transformación de las realidades personales y sociales.
- / Profundización en la producción de un conocimiento transdisciplinar al poner en el centro de la investigación a la persona y los sentidos más vitales de las realidades sociales. Estos presupuestos harán explotar las delimitaciones disciplinares tradicionales y, por tanto, liberar la realidad social de orientaciones de pensamiento y de gestiones del conocimiento muchas veces ajenas a ella. Esta necesidad se pondrá de relieve por la fuerza de las demandas naturales de la propia realidad social. Ello supone sustituir los territorios disciplinares por una “escucha” y “mirada” científico-social, por una actitud de “estar-con” lo social. Sólo se construirá la inteligibilidad de lo social desde su emergencia misma y no desde el ejercicio de comprobación, verificación y contraste de construcciones epistemológicas ya cerradas, abstractas y estériles. De este modo, se operativizará la transdisciplinariedad, trabajándola más allá de la noción filosófica.
- / Adopción de la Complejidad como metateoría intuitiva que permite abrazar lo vital y múltiple de las realidades personales y sociales (referente de dirección ética que se desvincula de posiciones escépticas o nihilistas). La Complejidad me ofrecerá una alternativa para desarrollar un constructivismo realista que enriquecerá la inteligibilidad de lo social, superando las estériles dicotomías entre lo individual y lo colectivo, lo subjetivo y lo objetivo, el actor y la estructura.

La investigación, ahora liberada de los condicionantes de un trabajo de tesis doctoral, evitaría una pestilencia teórica que, en su momento, garantizó un temido reconocimiento de su científicidad. En cierto modo, esta posición defensiva me condujo a un exceso de justificación que disecó en parte aquello de vital que poseían las realidades personales y sociales. Desde los presupuestos de una reflexividad social y una sociología de la sociología como garante de rigor

científico, tenté la “sobre-implicación”. Quizás perdí la fuerza de mi objeto de estudio en un intento de protegerlo.

Por ello, entiendo que es necesario repensar el lugar de la reflexividad social y del investigador en la construcción del objeto de estudio.

### *Why Deviance and Education?*

La elección del ámbito de estudio adoleció de cierto infantilismo, mimetizándome con los tópicos y ámbitos de investigación de una nueva ciencia social, revolucionaria y crítica. Hoy mantendría la línea de estudio, pero no buscaría tanto impresionar como comprender, informar y transformar.

Aunque la demanda investigadora provenga del “sistema” (la sociedad y sus instituciones pueden cerrarnos de entrada el objeto de investigación), nuestra responsabilidad es reconducirla hacia la persona. En este sentido, la aproximación (socio)constructivista se orientará por esta responsabilidad. Esto me exigirá apuntalar un constructivismo realista que adopta una posición crítica frente a los populismos y folclorismos que sacralizan las culturas populares y dominadas (caricatura de su autosuficiencia simbólica por reacción a una negación legitimada por los expertos o las culturas dominantes) y que le confieren cierto dominocentrismo (por dominadas, superiores y jerarquizadas).

En mi anterior investigación, una construcción exótica me condujo a cierta trivialización del Otro y a una crítica ausente o unidireccional. Mi radicalidad epistemológica insinuó un ambiguo constructivismo, orgulloso de generar una epistemología de la injusticia, que no dejaba muy claro si derivaba o no en un relativismo epistemológico, moral y/o cultural.

Hoy conservaría el ámbito de estudio y el análisis sobre la ontología de las estructuras y de los modelos de intervención, así como una posición moderada ante una *deviance* multirreferencial. Sin embargo, clarificaría esta posición, siendo consciente de que la versión radical inmoviliza la crítica entre las diversas formas de inteligibilidad reconocidas y la pluralidad de discursos científicos. Dar la palabra a voces hasta ahora silenciadas, desde una deconstrucción y reconstrucción de la realidad social, no significa que éstas estén libres de toda crítica o que se conviertan, por efecto rebote y aprovechando el argumento constructivista, en la única voz o en la más “verdadera”.

### *What Fieldwork?*

Actualmente, no llevaría a cabo una aproximación “entrista” y encubierta al trabajo de campo. En su momento, ésta se excusó en el carácter sensible del ámbito educativo y hostil de la institución. Parecían ser razones suficientes para que un intruso, con una intencionalidad un tanto *dandy*, no fuera bien acogido.

Asimismo, mi trabajo de campo arrastró cierto científicismo (incluso a la contra) que hoy también evitaría. Habiendo encontrado una base sólida en la sociofenomenología, mi actitud se desplazó hacia tonalidades etnometodológicas más interesadas por el orden social tal y como es producido por los actores y por una oposición frontal a cualquier tipo de determinismo social.

Por ello, en ningún momento me propuse romper el talante críptico. Evité que el resto de personas descubrieran mi condición de traidor institucional. En términos fenomenológicos, me acomodé en una actitud técnica, asustándome la idea de abrirla a una actitud política, más incierta e inestable para la producción de saber. En el fondo, una falta de coraje me dirigió hacia una encerrona conmigo mismo, filtrando el sentido de lo social exclusivamente desde el proceso de conversión del investigador. Este planteamiento intelectualista desembocó en una concepción

del trabajo de campo como escena de “actores”, “sujetos” e “individuos” y no como mundo compartido por personas.

Mi investigación actual desearía articularse desde las interacciones (incluida la implicación del investigador) para dirigir el trabajo de campo a la cuestión del sentido de lo social desde, en y con sus propios protagonistas. El trabajo de campo no sería encubierto. Bien en el acceso, bien en su discurrir, intentaría buscar alternativas, “puertas” institucionales o posibilidades de negociación que me brindaran la oportunidad de abordar una producción intersubjetiva de conocimiento.

Obviamente, la participación como investigador reconocido alteraría en parte la reflexividad natural de los protagonistas. No obstante, desde esta nueva perspectiva, la descripción de las situaciones serían abiertamente comentadas y restituidas a los participantes, generando nuevas formas de interrogación, de intervención y, por tanto, otras fuentes de conocimiento.

No sé si una investigación en abierto me hubiera impedido el acceso a la institución.

Tampoco sé si hubiera sido expulsado a la primera semana.

Lo que sé es que, sin negociación, tampoco hubo una producción intersubjetiva de conocimiento.

En términos generales, no creo que nunca vuelva a afrontar un trabajo de campo encubierto.

Ahora creo que hay que quemar todas las vías antes de plantearse una investigación encubierta: 1) analizar las razones que pueden hacer que el trabajo de campo tenga un difícil acceso; 2) buscar *ad infinitum* todas las posibles estrategias y negociaciones; 3) ponerlas en marcha; y 4) si probamos y parece que nos está continuamente vedado, cejar en el empeño y abandonarlo, explorando otros trabajos de campo similares y más accesibles.

En cualquier caso, la investigación encubierta deja de ser una opción.

En mi proyecto anterior, quizás hubiera podido explorar tímidamente la intersubjetividad con algunas de las siguientes opciones:

- / Muy avanzado el trabajo, podría haberlo desvelado finalmente a la institución en unos términos estrictamente éticos y educativos.
- / También podría haber devuelto los análisis a personas con las que había mantenido una buena relación profesional y de amistad.

La razón de evitar una investigación encubierta no respondería tanto a motivos éticos respecto a los investigados, casi siempre muy controlables por el investigador-topo. Remitiría más bien a una ética rectora que remueve un compromiso epistemológico de la investigación científico-social hacia la intersubjetividad.

### ***My Data***

A partir de aquí, todo cambiaría.

Tenga en cuenta el lector que nos encontramos ante diseños emergentes. Eso significa que el proceso de investigación se reconducirá desde la singularidad de la realidad social a investigar, desde los procesos de socialización que se desprenden del propio trabajo de campo. Alterar las premisas implicará afrontar un trabajo de campo totalmente diferente, transformándose las posibilidades de acción como fuentes de producción de conocimiento y, por tanto, las estrategias, las técnicas y los instrumentos a poner en marcha. “Escucharemos” otro modo de

organizarse lo social. Y será esta escucha, la propia experiencia intersubjetiva, lo que nos inspirará el modo de comprenderla.

### *Participant Observation*

Puedo afirmar que mantendría una concepción similar.

Algo que puede halagarse en mi trabajo anterior es el modo de madurar como etnógrafo e investigador al poner en marcha una reflexividad rigurosamente articulada y bien localizada. El paso de una observación participante a una participación observadora se realizó a un alto nivel de honestidad intelectual y de profundización teórica.

La Observación Participante se mantendría desde un “acompañamiento” de las personas y las situaciones investigadas, de modo que el “estar-con” lo social se presentaría como una fuente de conocimiento privilegiada, orientando el modo de conducir el trabajo de campo, sus posibilidades metodológicas y los procesos intermedios y finales de análisis.

Formulada la investigación de otra manera, el etnógrafo ocuparía un lugar muy distinto en el trabajo de campo, por lo que el proceso de acompañamiento variaría considerablemente. Sin embargo, a la luz de estas variaciones, mi investigación actual seguiría privilegiando la reflexividad del investigador como ser múltiple y no-contradictorio. Sin embargo, esta reflexividad ahora se radicalizaría al integrar la corporalidad del investigador y los imprevisibles resultados de la interacción con el resto de personas.

### *Research Diary*

El diario, sin embargo, presentaría serias alteraciones.

Mi investigación anterior encontró en él una forma fácil de poner en marcha el análisis del trabajo de campo. La radicalidad etnometodológica vio en el diario el modo de pasar de la realidad vivida a la conceptualización, de la descripción testimonial a la reflexión teórica. A su vez, me acomodé en la investigación encubierta, delegando en el diario prácticamente toda la conducción de la investigación. El diario fue mi refugio.

Actualmente, mi proyecto mantendría el mismo modo de abordar la reflexividad en el diario, si por ello entendemos una forma de distanciamiento crítico. También conservaría una vigilancia epistemológica similar para evitar reducirlo a un espacio terapéutico o sustituir el análisis por las descripciones allí volcadas.

No obstante, releyéndolo ahora, observo en su escritura una tensión incómoda. Mis reflexiones querían, pero no podían reflejar una producción interaccionista e intersubjetiva del sentido.

Hoy lo liberaría de esta tensión. Le suavizaría la exigencia que asumió como campo de maniobras para la reducción fenomenológica y lo descargaría de un retoricismo teórico un tanto neutral que me protegió del conflicto de interpretaciones y de cierta inestabilidad en la producción de conocimiento. Su peso en la investigación, por tanto, sería mucho menor. Dejaría de ser un diario de investigación para convertirse en un diario de a bordo. Este cambio me permitiría explorar una escritura más encarnada que facilitaría tanto una escritura implicada del investigador como una producción intersubjetiva.

Asumiría que el diario será el reflejo de un testimonio que no tendrá valor alguno si no se confronta con otros testimonios.

### *Another considerations*

Esta otra aproximación, en consonancia con la propia vida del trabajo de campo, tal vez me haría reconsiderar otros dispositivos de recogida de datos. El desvelamiento del rol del investigador podría considerar, quién sabe, la realización de entrevistas en profundidad a informantes clave (coordinadores y tutores) y grupos de discusión con determinados sectores de profesionales (educadores, maestros de taller, vigilantes, psicólogos, psiquiatras). Incluso se podrían organizar seminarios o asambleas que pusieran en marcha un análisis interno.

Sin embargo, considerando el duro y absorbente trabajo de los profesionales implicados, sería complicado arañar tiempos y esfuerzos para enganchar a pensar y reflexionar sobre la realidad institucional y la propia práctica profesional (la demanda sería externa y se presentaría por un extraño o por un miembro no identificado como veterano). Además, no sabría precisar hasta qué punto podría poner en marcha una metodología dirigida a los menores; quizás sería boicoteada por la institución (protección del menor y de la confidencialidad de sus datos) o por los propios menores (extrañeza y desconfianza ante mi condición de investigador).

En general, la investigación descubierta podría hacer que los dispositivos investigadores se vivieran como amenazantes en una micro-sociedad permanentemente envuelta en sospecha y vigilancia, presionada por su elevadísima responsabilidad hacia los menores y hacia la sociedad en su conjunto. Por supuesto, todo esto me haría entender que la investigación no debería calentar la institución, estirando el análisis hasta hacerla entrar en crisis.

Quizás los obstáculos psicológicos que sufrí en su momento para desvelar mis intenciones investigadoras estaban relacionados con alguna de estas cuestiones.

Al margen de todo esto, una idea rectora se mantendrá con independencia del diseño de investigación: las implicaciones metodológicas (técnicas, estrategias e instrumentos) no serán simples cuestiones metodológicas, pues tras éstas siempre encontraremos una posición epistemológica.

Cuanto más sensibles seamos a la persona como referente privilegiado y al trabajo de campo como mundo con vida propia, nuestro método nos pedirá que lo tratemos de un modo más y más etéreo. La prioridad no será realizar un ejercicio correcto en términos de triangulación o contraste. Se tratará de articular método y metodología desde una actitud hacia lo vital y lo complejo de aquello que investigamos, con objeto de provocar y facilitar la producción de sentido.

### ***Working With Data***

En sentido estricto, no existe una linealidad en el diseño de investigación, especialmente cuando deseamos mantener el pulso a un trabajo de campo lo más vital posible. El proceso de investigación no es un procedimiento. Es más bien una aventura, una marcha, un camino.

Es necesario realizar esta puntualización porque esta fase y las posteriores se van trabajando en paralelo a las fases precedentes.

Si no organizo mis datos durante el trabajo de campo, no puedo reconducirlo.

Si en el trabajo de campo no voy analizando mis datos, no puedo proponer nuevas formas de análisis antes de abandonarlo.

Aunque exista un punto de gravedad para la gestión y el análisis de los datos, estos procesos necesariamente deben inspirarse en el desarrollo mismo del trabajo de campo y en un acompañamiento de lo social.

En este sentido, mantendríamos una concepción similar a la investigación ya realizada. El tratamiento de mis datos debería responder en cierto modo al propio discurrir de la situación investigada, de un modo no lineal, rizomático y un tanto anárquico, adaptándose al modo de elaborarse lo social en el trabajo de campo. Sólo así nos garantizaríamos la potencialidad emergente de nuestro diseño y, por tanto, del sentido. En mi nueva investigación, sensible a la persona y a la intersubjetividad en su máxima expresión, radicalizaría el presupuesto ya adoptado en mi proyecto anterior: evitar hacer discontinuo lo continuo.

Ajustarnos a este presupuesto es bastante complicado. Soy consciente de las dificultades, sobre todo psicológicas, que los investigadores tenemos para mantener una actitud tranquila y abierta a la emergencia, especialmente cuando empezamos a organizar nuestros datos. Solemos estresarnos ante lo que a priori no parece muy controlable ni formateable en términos científicas. Paciencia.

#### *Data Divisions*

El nuevo planteamiento de la investigación supondría trabajar con otros datos y con otras organizaciones.

En mi investigación anterior, la territorialidad de los datos estaba muy bien definida y, hasta cierto punto, era muy controlable. Éstos se circunscribían casi exclusivamente a mi diario de investigación. Sin embargo, orientar la nueva investigación desde la interacción y la intersubjetividad implicará inevitablemente una dispersión de mis datos, una pluralidad de fuentes de información y un abanico mucho más amplio de estrategias, técnicas e instrumentos de recogida. La agrimensura de los datos, su gestión y organización ya no estará sujeta a espacios y tiempos, situaciones, anécdotas y reflexiones centralizados en el diario. A su vez, la naturaleza de los datos no se traducirán exclusivamente desde la lógica del investigador, por lo tanto no se presentarán directamente inteligibles. Nos toparemos con datos cuya inteligibilidad atiende primeramente a la lógica de otras personas.

La división de los datos se complicará en tanto en cuanto mi investigación se intentará adaptar al curso de las interacciones y a la producción conflictiva del sentido. Una mayor sensibilidad a esta dispersión enriquecerá la producción de conocimiento considerablemente, pero me exigirá descentrarme para no representar y vertebrar los datos desde un solo punto de fuga.

En este sentido, quizás sería oportuno aprovechar más y mejor la potencialidad de un software de gestión y análisis de datos como es el programa NVivo.

#### *Discontinuity articulation*

En mi anterior investigación, la posibilidad de hacer continuo lo discontinuo se vio limitada, pues se realizó desde una discontinuidad originaria: la conciencia del investigador. Ahora podemos decir que la persona, incluso intentando deliberadamente respetarla, se desdibujó en la representación generada por el investigador, único medio para amalgamar y alear los sentidos. La nueva investigación no intentaría representar a la persona, sino integrarla. La posibilidad de continuidad intentaría no arrastrar esta limitación primera de discontinuidad.

#### *Data Analysis*

Desenredar la confusión entre un individualismo ético y metodológico y reformular la persona como referente primero me exigirán buscar una actitud analítica que luche por abrir el sentido. Esta apuesta por abrir el sentido será una apuesta ética por la libertad.

En mi anterior investigación, el análisis se vio coaccionado por las limitaciones de un individualismo metodológico y por la presión psicológica de proteger el conocimiento en el contexto de una tesis doctoral. Hoy, en oposición a una tendencia *heurística*, adoptaría una posición eminentemente *hermenéutica*. Esto me llevaría a profundizar en una metafísica del sentido imbricada ineludiblemente con la persona encarnada y con una ontología de la producción de lo social.

Ahora no tendría tanto miedo a que el conocimiento se me escapara de una red conceptual previa. Por encima de todo, hoy sería el *valor* lo que guiaría mi análisis.

### *My Analysis References*

Mantendría por tanto una dirección ética en el análisis, un referente metateórico, la persona, al mismo tiempo que exploraría la escucha multirreferencial del sentido. Por ello, un realismo ético hacia las construcciones segundas (conceptualizadas por el investigador) necesitarían necesariamente de un relativismo epistemológico hacia las construcciones primeras (vivas y descritas por los protagonistas y por el investigador). Así, no parece que una inmersión postestructuralista en el *sentido* (humanista en su rebeldía contra todo referente universalista y estático) nos haga perder de vista una *dirección* privilegiada (asunción ética y responsable del investigador y de las Ciencias Sociales en su conjunto hacia las personas y las sociedades).

Esta exploración me interrogará una vez más sobre una cuestión clave que suele desquiciarnos a todos los investigadores. Se trata de la justificación cientificista de la interpretación. En otras palabras: ¿de dónde sacaremos entonces las unidades y las categorías de análisis de nuestra investigación?

La respuesta parece más sencilla para una etnografía orientada por un “acompañamiento” de lo social que para una investigación cualitativa realizada desde el exterior. En mi caso, las unidades y las categorías se desprenderán del acompañamiento mismo, del modo en el que las personas producen el sentido de su vida y de lo social. Las categorías no se definirán, por tanto, desde la esterilidad y la abstracción de un corpus teórico previo. Serán creadas y luego contrastadas. No buscadas y luego verificadas.

Esto nos demandará una basta cultura humanística que nos permita trascender la omnipotencia de las teorías clásicas o de ciertas teorías de moda y no caer en la tentación de dirigir nuestro análisis por las últimas y más recientes lecturas realizadas. Una cultura que nos permitirá escuchar al campo y no oír sólo lo que es más afín a nosotros, más cómodo o más persuasivo a la hora de traducirlo a una reconocida racionalidad científica.

Por tanto, frente a una epistemología de la “mirada”, el análisis lo estiraría hacia una epistemología de la “escucha”. Apostaría por salir del paradigma de la representación que somete el sentido a un desgarró, un deterioro, una pérdida. Mi intención sería evitar que en nombre de un logos, desligado y abstracto, se reprima el sentido.

De este modo, el análisis ya no será dialéctico, pues nos condena a un movimiento estéril de interiorización de lo exterior y exteriorización de lo interior. Siguiendo el pensamiento de la Complejidad, el sentido se hará dialógico, abrazando su perspectivismo axiológico. Algunas de las contradicciones derivadas de este perspectivismo no tendrán por qué localizarse en un mismo nivel de realidad y, por tanto, nos será a veces imposible oponerlas para luego superarlas de forma absoluta y satisfactoria.

Desde esta nueva aproximación a la intersubjetividad, el sentido implicará relación. La razón analítica revalorizará lo irracional como aquello que mejor define lo racional y liberará el



sentido de una oposición formal entre lo sistémico y lo vital, sensible a formas de racionalidad plurales, instrumentales, existenciales y políticas de la persona. El sentido será complejo incluso una vez lo hayamos delimitado. No supondrá perfección, sino complejidad.

Este modo de plantear el análisis también me permitirá explorar de un modo auténtico la transdisciplinariedad.

Sin embargo, esta concepción del análisis hoy evitaría caer en una etnografía ingenua.

El análisis también deberá contemplar hasta qué punto el sentido conferido por las personas remite al efecto teórico, es decir, a la influencia que han podido ejercer las clases y clasificaciones interactivas elaboradas por las Ciencias-Sociales en la creación de la realidad social. Un constructivismo realista entenderá que esta realidad es objetivada e interiorizada por las personas a través de procesos de aprendizaje y socialización inherentes a las propias prácticas sociales, configurando sus “miradas”, propias y compartidas. Por ello, en el análisis se contemplarán tanto los mundos subjetivados (sensibilidad, percepción y representación) como los mundos objetivados (palabras, objetos, reglas, instituciones, legados por las generaciones anteriores). De este modo, serán objeto de reflexión aquellas situaciones donde las prácticas sociales alteran el curso de la acción individual de las personas, analizando el proceso desde el que dichas prácticas se mueven de una epistemología subjetiva a una objetiva.

Superada mi crisis, esta posición moderada no implicará una tendencia hacia el determinismo social, privilegiando la objetivación y el poder de la estructura. Seguiré poniendo en primer plano una dirección que va de las interacciones a las estructuras. La tensión entre el determinismo y la libertad provocará una producción original de conocimiento. El proceso de deconstrucción y reconstrucción de dicha tensión abrirá nuevas alternativas de acción y nuevos márgenes de libertad.

### ***Reporting The Research***

En mi nueva investigación, contemplaría varios procesos previos a la definición final del informe de investigación.

Tras el análisis de los datos, realizaría informes parciales, dirigidos a determinadas personas y colectivos y redactados de forma inteligible para ellos. Se trataría de plasmar unas conclusiones parciales desde una perspectiva multirreferencial. Contrastar el ajuste de los informes no sería el objetivo más importante. Mi principal finalidad sería posibilitar un análisis intersubjetivo, elaborando nuevos sentidos a la luz de las nuevas interpretaciones. Así, la restitución significaría un proceso dialógico, una negociación del sentido.

El informe final recogería esta interacción entre el análisis del investigador y el de las personas implicadas.

Por otro lado, consciente de que el informe refleja finalmente la inteligibilidad del objeto de estudio, me cuestionaría también su estructura y su escritura. Por ejemplo, respecto a la noción de temporalidad e historicidad de la persona y las sociedades, no asumiría de entrada una naturaleza evolucionista y, por tanto, una presentación lineal de la elaboración de lo social. Aunque estas estructuras nos resulten más cómodas para organizar y fundamentar nuestros análisis, acatarlas automáticamente podría hacernos renunciar a una concepción plural de la persona y de las sociedades. Estar abiertos a otra inteligibilidad de lo social significaría reconocer la discontinuidad, la fragmentación y la disociación de la identidad de las personas y

de las vidas de nuestras sociedades, pudiendo definir una comprensión menos controlable, pero menos asfixiante y más humanista.

### *Multiple Writer*

A diferencia de la investigación anterior, el escritor múltiple dejaría de ser un escritor disociado. Las distintas voces de un solo escritor serán ahora las voces de varios escritores. La nueva investigación facilitaría que las personas implicadas se hagan autores. El escritor será el transcriptor y traductor de estas voces, pero no el único autor.

### ***The gap. Articulating Applied Research***

Aunque determinadas posiciones científico-sociales podrían concebir la producción de lo social como falseada por la desinformación y la inconsciencia de las personas, comprender lo social puede reconocerse como un proceso que, por encima de esta sospecha, asume que la realidad social se produce desde esas limitaciones. En muchas ocasiones, esta sospecha primera se alimenta de un determinado estatus de los saberes teóricos y prácticos, pudiéndonos conducir a perspectivas próximas a la tecnocracia y a la ingeniería social y que algunas identidades, implicaciones y proyectos profesionales de expertos e investigadores se esfuerzan por apuntalar y conservar, auto-regodeándose en la escisión epistemológica entre ambos tipos de saber. En la polémica relación entre la forma erudita de conocimiento de la realidad social (experto) y las formas comunes y profanas (personas), mi propuesta se interesaría por lo que las aproxima.

Desde esta posición, se jugaría con el posible efecto teórico de la propia investigación, abierta y a medio camino entre la etnografía y la investigación-acción. El propio proceso de investigación, interactivo e intersubjetivo, generaría unos saberes reflexivos que, previamente al análisis, estarían inmovilizados.

Las propuestas teóricas, responsabilidad ineludible de toda investigación aplicada, empujarán a una deconstrucción de lo dado para plantearnos posteriormente si mantenerlo o transformarlo. El análisis puede ser una forma de intervención en sí misma o puede generar y concretar formas de intervención directas. En cualquier caso, este efecto intervencionista nunca se acogerá a una concepción técnica, pues se mitificaría de nuevo el estatus teórico de toda propuesta.

Las Ciencias Sociales deben admitir que estamos produciendo un tipo de sociedad con incertidumbre, generada por la propia acción humana. La reflexión sobre nuestras capacidades críticas y de pensamiento, sobre lo imprevisible, nos demandan análisis que necesitan nuevas categorías, métodos y teorías. Por ello, acoger una reflexividad intersubjetiva no sólo es un instrumento que nos garantiza la científicidad (u otro tipo de científicidad), sino que es un instrumento con virtualidades emancipatorias. Poner de relieve lo impensado de lo social nos permite ganar autonomía. La libertad será una consecuencia directa de esta reflexividad intersubjetiva. Y el reconocimiento de una pluralidad de discursos que nos presentan la inteligibilidad de lo social de forma dispersa e invertebrada será un principio ineludible. Por ello, adoptar la generalización total de los saberes científico-sociales, por reconocer en ello una cualidad exclusiva de lo científico, es una posibilidad perversa.

La nueva propuesta, en el seno de una producción conflictiva del conocimiento, se ajustaría a la singularidad de la situación investigada y sería subsidiaria de un referente superior: el beneficio de la persona.

Volviendo a las reflexiones del apartado anterior, adviértanse las dificultades que habría de afrontar para mantener el equilibrio de esta cosmovisión y la supervivencia de mi proyecto académico-profesional dentro de las estructuras institucionales e investigadoras ya analizadas.

**Software tools:** looking back, could you have used qualitative software more effectively – and how? How would current software tools have helped? (The answer may be simple – e.g. not at all! – or quite complex, if new tools have appeared to do what you were unable to do 3 years ago.)

A lo largo de estos tres años, no he profundizado en la potencialidad del software cualitativo para llevar a cabo las investigaciones de un modo mucho más eficaz. Siendo consciente de que así es, mis preocupaciones se han centrado en clarificar qué hay antes de la cuestión artesanal o técnica del tratamiento cualitativo de los datos. Mi condición de investigador novel requería madurar estos aspectos.

No obstante, este último año he tenido la oportunidad de iniciar a los estudiantes del máster de investigación de la Facultad de Educación de la Universidad de Zaragoza en el software Nvivo. La publicación de Lyn Richards y la experiencia “Methods in practice” me ha ayudado muchísimo para afrontar esta nueva responsabilidad docente. Insistiendo siempre sobre una interdependencia básica entre la epistemología y metodología, les he presentado la lógica de este software para que puedan utilizarlo al servicio de sus primeras investigaciones.